

La agresividad al servicio del amor¹

Cristóbal Solares²

“La comprensión de los caminos sinuosos a través de los cuales amor y agresividad se mezclan e interactúan en la vida de pareja, evidencia los mecanismos con los que el amor puede integrar y neutralizar la agresividad; y, en muchos casos, triunfar sobre ella”³.

La práctica de la psicoterapia, el trabajo pastoral y educativo, y algunas literaturas sobre el tema, sugieren que en el mundo interno de las personas suelen convivir el amor con la agresividad. Estos dos sentimientos, proyectados hacia afuera, no siempre logran integrarse, sobre todo en las relaciones interpersonales. La capacidad de integrar la agresividad en el contexto más amplio de un amor que sea capaz de sostenerlo, depende de muchos factores. Uno de estos últimos es un Super-yo maduro, en lugar de uno “hipertrófico” o “hipotrófico”. Cuando, en cambio, prevalecen estos dos tipos de Super-yo es más fácil la violencia irracional y destructiva, hasta los extremos del sadismo y la crueldad inhumana.

El horizonte psico-pedagógico de base

La agresividad que convive con el amor dentro de cada persona no puede ser suprimida por completo. Pero el predominio del amor puede mitigar, disminuir, neutralizar e integrar los efectos nocivos y destructivos de la agresividad. Esto quiere decir tener la fe y la esperanza que el ser humano, aún convertido en malvado y cruel en su historia, haya

¹ SOLARES, Cristóbal, «L’aggressività al servizio dell’amore» en *Tredimensioni* 5(2008) 284-291. Traducción: Patricia Geldres para el Curso Psicología del Desarrollo Humano. Escuela para Formadores «María, Madre de los Consagrados, Córdoba, Argentina (2012).

² Psicólogo, docente de Psicología Evolutiva en la Pontificia Universidad Antoniana, Roma.

³ Kernberg, O., *Relaciones Amorosas. Normalidad y patología*, Paidós, Buenos Aires 1997, 13.

conservado un mínimo de bondad y tenga la capacidad de convertirse. Ésta es la base de toda práctica psicoterapéutica y de cualquier acción educativa y pastoral. Una fe en el predominio de la bondad, antes que en la maldad del ser humano, nos permite considerar como momentánea y transitoria, en vez de permanente, la agresión y la violencia que se desencadenan desmesuradamente tanto a nivel intrapersonal como interpersonal. En esta línea de pensamiento, el ser humano es visto como "culpable" pero redimible, en lugar de "trágico y sin alternativas". "No creo que el hombre se guíe en forma relevante por un irreductible instinto de muerte; creo más bien que él es víctima de alguna tendencia no superada todavía, a reaccionar a las injurias sufridas como aquella de la cólera narcisista generalmente ilimitada; pero, mientras esta tendencia está todavía fuera de control, nosotros confiamos en un posterior progreso de nuestra ciencia, que con la ayuda de la introspección y la empatía, nos permiten llegar a un control más eficaz de la agresividad humana⁴.

El problema en cuestión es si el ser humano es curable, educable y redimible, y con él, la sociedad que es su producto y a la vez la realidad que lo condiciona. La postura propuesta aquí, basada en la antropología cristiana, critica los determinismos internos y externos, pero acepta los condicionamientos: la persona no está completamente a merced de la sociedad externa, ni la sociedad es una realidad imposible de ser transformada y modificada. En otras palabras, lo que puede parecer una utopía, puede volverse "topía", es decir, una realidad posible, una alternativa en el tiempo y en el espacio: «No debemos llamar utópico (imposible) aquello en lo que todavía no hemos puesto a prueba todos nuestros esfuerzos y todas nuestras energías»⁵. Si el "utopismo" nos evita caer en el fatalismo y en sentimientos de impotencia, entonces es preferible recibir el apelativo de "utópico", antes que caer en la desesperación y en el sentimiento trágico por la vida. «No te dejes vencer por el mal, sino que vence el mal a fuerza de bien" (Rm 12, 21). El mismo santo Tomás de Aquino sostuvo que "la ira debe ser juzgada sólo en el exceso, ya que contiene un valor en sí misma, porque muchas veces es el único camino para adquirir un bien difícilmente conquistable o alcanzable, o para vencer un mal difícil de superar⁶. En este sentido, se citan especialmente las palabras de Cristo en el Evangelio: "El Reino de Dios sufre violencia y los violentos lo arrebatan" (Mt 11, 12).

El Super-yo y la agresividad

La teoría psicoanalítica de O. Kernberg sobre las relaciones objetales ilumina especialmente el tema. Él establece que las experiencias frustrantes y dolorosas del bebé, en sus interacciones con la madre, son las principales causas de sus caprichos, malhumores

⁴ Kohut, H., *Introspezione ed Empatia*, Boringhieri, Torino 2003, p. 163.

⁵ Buber, M., *Sentieri in Utopia*, Comunità, Milano 1967, p. 15.

⁶ Cruchon, G., *Conflitti, angosce, atteggiamenti*, La Scuola, Brescia 1971, p. 169. El autor cita aquí la *Suma Teológica* de Santo Tomás (S. The., Ia., IIae., q. 158, aa. 1-3). Según T. Healy, santo Tomás relacionó la agresividad con la esperanza considerándola como la primera de las virtudes irascibles, cfr. Healy, T., *Le dinamiche della speranza. Aspetti interpersonali*, en Rulla, L. M. (ed.), *Antropologia della vocazione cristiana. Aspetti interpersonali*, EDB., Bologna 1997, p. 97. Este estudio incluye la célebre afirmación del psicólogo Nardini: «La única forma de ayudar a los deprimidos es provocando a veces su agresividad» (p. 32).

y rabias. Las frustraciones y molestias son inevitables, porque el niño no siempre puede tener a la madre sólo para sí mismo, a su total disposición. Entonces, cuando no puede evitar expresar su agresividad, el bebé aprende a interiorizar la conducta agresiva de la madre y la reproduce en sus relaciones con ella o con otras personas. Pero si se producen efectos agresivos leves, como puede ser la irritación o el mal humor, se pueden tener también efectos agresivos intensos, y a veces excesivos: la ira, el rencor, el odio, el engaño, la venganza y la violencia destructiva.

Esto nos hace pensar que la normalidad o patología de la agresividad dependen del grado de intensidad con la que se la experimenta, pero sobre todo del grado de intensidad y exceso con la que se la expresa. Por ejemplo, en las relaciones interpersonales se dan sutiles formas de agresión, que pueden ser consideradas normales, tales como los celos, envidias, rebeldías, algunas respuestas de tono elevado, alguna ironía, o la violación de algunas normas sociales. Incluso se puede también hablar de un masoquismo normal⁷: el cual, por una parte, ayuda a equilibrar los impulsos agresivos y libidinales, y por otra, ayuda a integrar la capacidad sublimatoria para soportar el dolor y la frustración (en la forma de trabajo duro) como precio del suceso y del tener un éxito futuro.

También la relación de pareja es, para Kernberg, un terreno ideal para ver la interacción del amor y la agresividad. Una muestra significativa es la relación sexual (debido a su alto valor simbólico). En el hecho de penetrar y ser penetrado, el potencial erótico produce también la experiencia de dolor que es un aporte necesario para la fusión gratificante con el otro: en la sexualidad madura se da la capacidad de transformar el dolor en excitación erótica. Se trata de una forma de agresividad al servicio del amor, una agresividad normal. En el otro extremo, se encuentra la violencia irracional, como la forma de sado-masoquismo o las infidelidades matrimoniales que de por sí representan una fuerte agresión al partner.

Kernberg señala el papel decisivo de un super-yo rígido, hostil, punitivo y perseguidor, como causa de la violencia y de los sufrimientos ocasionados a la persona que paradójicamente se le había prometido amar, cuidar y respetar. También la cita bíblica dice: "Los padres no hagan enojar a sus hijos, al contrario, edúquenlos, corrigiéndolos y aconsejándolos, según el espíritu del Señor" (Ef. 6, 3) invita a moderar los excesos de un super-yo rígido, perfeccionista e intransigente, que transforma la corrección y la educación de los padres en un mecanismo para el alivio o la descarga de su ira.

La no integración de la agresividad y el odio es debido a la falta de figuras identificatorias apropiadas y a la no resolución del problema del límite. Todos sabemos las consecuencias que padecen los hijos de padres violentos: aprenden a introyectar las figuras de sus padres, con las correspondientes dinámicas y mecanismos agresivos, especialmente cuando no reciben una educación moral y religiosa adecuada. En la mayoría de los casos falta una educación en torno al límite, adquisición vital para percibir y considerar al otro como sujeto y como persona, y no como un objeto de uso, abuso o maltrato. De hecho, los niños que participan en pandillas, en general, han crecido en familias donde desde una temprana edad han aprendido a robar, pegar, herir, intimidar y violentan a sus semejantes. Su super-yo (en este caso hipotrófico) les permite creer es

⁷ Kernberg, O., *Aggression in personality disorders and perversions*, Yale University Press, New Haven and London 1992, pp. 27-36.

derecho natural – característico de quien se cree por encima de todo límite – no tener limitaciones en sus pretensiones de convertir a la sociedad en una jungla gobernada sólo por ellos.

Es interesante observar que algunos estudios demuestran que no hay diferencias significativas que demuestren que los hombres son más agresivos que las mujeres⁸. Lo que parecería ser diferente son los modos de expresar la agresividad: por ejemplo, mientras que el hombre tiende a descargar su agresividad a puñetazos, la mujer tiende a hacerlo con las uñas. Otras tesis de corte biológico, social y cultural argumentan que la mayoría de los crímenes son cometidos por hombres, no por mujeres. Estos estudios afirman que los niveles de testosterona, más altos en los hombres, se asocian a la agresividad masculina y que, por otra parte, la formación cultural condiciona enormemente a las mujeres en la forma de expresar su agresividad. Agreguemos además que las mujeres son más capaces de reconocer, aceptar y tolerar la ira que los hombres. Sin lugar a dudas, la mujer en una sociedad musulmana o en las culturas dominadas por los hombres se ve obligada a una mayor represión⁹.

La cultura narcisista y/o paranoide

La patología del super-yo también se puede encontrar en la raíz de sistemas sociales que profesan, aún si de diferentes maneras, una cultura de la agresividad¹⁰. Además, cuando el desarrollo patológico de los individuos se encuentra con el de la sociedad, la mezcla se vuelve explosiva y produce grupos y movimientos de protesta social, violencia institucional y crimen organizado.

En las bandas de delincuentes o en grupos criminales organizados, tales como los que están amenazando y azotando a las sociedades de los países de Centro América, es frecuente notar la repartición del territorio de acción: los miembros de una banda observan una relativa fidelidad entre sí, pero entran en una verdadera guerra de guerrillas con otras bandas, consideradas enemigos porque compiten por el mismo territorio o botín. Los niveles de crueldad llegan a masacres de familias enteras, incluyendo niños, mujeres (a veces embarazadas) y ancianos inocentes. Son capaces de desencadenar un ambiente de caos e impotencia generalizada, porque tienen grandes arsenales y un manejo de mecanismos diabólicos que supera los medios correctivos y de control de los gobiernos (incluyendo las cárceles y los cuerpos policiales).

⁸ Cfr. Rulla, L. M., Imoda, F., Ridick, J., *Entering and Leaving Vocation: Intrapsychic dynamics*, Gregorian University Press, Rome 1980, p. 308.

⁹ González Casas, M. R., *Género y relaciones. Un estudio en Nancy J. Chorodow y en Teresa de Ávila desde la perspectiva femenina* Tesis doctoral en psicología, no publicada, defendida en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, el 17 de Febrero del 2006.

¹⁰ Sobre la relación entre violencia y Super-yo se existen datos suficientes para afirmar que en los países de cultura musulmana y hebrea parece darse un predominio del Super-yo hipertrófico, mientras que en los países occidentales, donde falta la educación en el sentido del límite, parece prevalecer un Super-yo hipotrófico. En general, el exceso de Super-yo hipertrófico puede inspirar una cultura paranoide en el sentido de exceso de rigidez, mientras un Super-yo hipotrófico puede generar una cultura narcisista en el sentido de exceso de permisividad.

La psicología de masas muestra a este respecto, que cuanto más grandes y menos estructurados sean los grupos, son más propensos a tener una alta emotividad (agresión, miedo, envidia...) y a una mayor irracionalidad (prejuicios, intolerancia, venganza...) ¹¹, por lo que las relaciones van hacia una mayor des-humanización, con reacciones cada vez más primitivas. Algunos grupos, no sólo activan un narcisismo interno maligno, sino que elaboran también un pensamiento paranoide generalizado, proyectando la persecución hacia enemigos externos (individuos o grupos), como sucede en los así llamados grupos de "ataque-fuga". Un claro ejemplo son las «masacres de la selva»: ejecuciones realizadas en los años 70 - 80 contra la población civil, especialmente indígena, en el noroeste de Guatemala; los autores de este genocidio fueron miembros de un ejército corrupto y cruel, previamente programado e ideologizado para este efecto.

Kernberg señala que una sociedad que alimenta y promueve el narcisismo patológico, produce personas cada vez más incapaces de amar a sus semejantes ¹². Las relaciones del narcisista patológico son de tipo parasitario y de abuso. Además, la personalidad narcisista inconscientemente se odia, desprecia y detesta a sí misma, y como consecuencia odia, desprecia y desprecia a los demás. Además, cuando al narcisismo patológico se le asocian trastornos de tipo paranoide, (agravando la enfermedad como en el caso borderline), el mecanismo de la escisión impide la integración del amor y del odio, los que se proyectan al exterior, creando así un mundo dividido en amigos y enemigos, fomentado por una cultura de amor patológico al interior y de odio hacia el exterior percibido como hostil y enemigo.

Nace así, la ideología de las "causas justas", que buscan el apoyo en ideologías religiosas fundamentalistas o el uso ideológico de la religión ¹³. Hay ejércitos latinoamericanos que siguen una ideología de la "Doctrina de Seguridad Nacional" y que pretendiendo justificarse con cierto tipo de religión, cometen genocidio. En la misma línea también están los terroristas suicidas de la ideología islámica que usan al Corán, pretendiendoe «el Islam es la única religión verdadera» (Sura III, 19), para justificar el suicidio individual y el asesinato colectivo de personas inocentes, olvidando que el Dios de los musulmanes - "El Dios sumamente clemente y misericordioso" (cfr. el inicio de cada Sūra del Corán) – es el mismo Dios de otras religiones monoteístas. En cambio, la mayor parte de los grupos guerrilleros de Latino América parece ser diferente: se inician en las mismas filas de los ejércitos gubernamentales, luchan contra la corrupción, la violencia institucionalizada y la injusticia, y en general son más abiertos al diálogo y más flexible. Este es el caso de varios grupos guerrilleros en Centro América, los cuales con el patrocinio de la Organización de las Naciones Unidas, se han re-integrado en los últimos años a la vida social y política, conformando partidos de oposición de izquierda.

¹¹ Cfr. Kernberg, O., *Mondo interno e realtà esterna*, Boringhieri, Torino 1990, pp. 197-198.

¹² Cfr. Kernberg, O., *Why some people can't love*, en «Psychology Today», Junio 1978, pp. 55-59.

¹³ Cfr. Kernberg, O., *The Psychology of Religious Fundamentalist Ideologies*. Conferencia realizada en la Academia de Medicina de New York el 30 de octubre del 2001. Cfr.: www.theapm.org/conf/kernberg.html

La indignación ética

Puede suceder que detrás de las motivaciones iniciales de muchos de los fundadores de movimientos de reivindicación, haya habido una "indignación ética" frente a la injusticia. La indignación puede ser uno de los casos, en los que la agresividad se pone al servicio del amor, pero con la condición de que no sea el producto de las dinámicas narcisistas/paranoides o de la «escisión» que divide al mundo en buenos y malos.

La indignación ética que ha hecho que muchos hombres y mujeres sean profetas y mártires, especialmente en Latino América, es un buen ejemplo no sólo del triunfo del amor sobre la agresividad, sino también un triunfo del amor sobre una «concupiscencia» más generalizada; es la indignación de «el amor utópico por el otro, que se aventura en una realidad posible, y en la santidad de una caridad incondicionada y de un amor que ha logrado liberarse de la concupiscencia»¹⁴. Otro ejemplo es Francisco de Asís, cuyo amor no sólo incluye el pathos (el sufrimiento por el otro y con el otro), sino que es capaz de llegar a la última pasión por el otro. Es conocido por todos, el ejemplo de Dietrich Bonhoeffer y su invitación a los alemanes a oponerse al nazismo.

«Generalmente la capacidad para perdonar a los otros es signo de un Super-yo maduro que deriva de ser capaz de reconocer la agresividad y la ambivalencia en uno mismo, y por ende, poder aceptar la ambivalencia inevitable de las relaciones íntimas. La auténtica disponibilidad al perdón es expresión de un sentido maduro de moralidad, de aceptación del sufrimiento que deriva de la pérdida de las ilusiones sobre uno mismo y sobre el otro, de la confianza en la posibilidad que el amor pueda recrearse y mantenerse a pesar de los componentes agresivos y más allá de ellos»¹⁵.

¹⁴ Lévinas, E., *Tra Noi. Saggi sul pensare all'altro*, Jaca Book, Milano 1998, pp. 273.275.

¹⁵ Kernberg, O. F. *Relazioni d'amore. Normalità e Patologia*, cit. p. 118.